

Sobre el último epígono de Ortega y un documento poco conocido

En ESPIRITU informamos a nuestros lectores que cuando publicó el ilustre dominico Rdo. Santiago Ramírez, O. P. su obra *¿Un orteguismo católico?*, respondiendo a los Sres. Laín, Aranguren y Marías, éste último continuó el debate con un folletito de 43 páginas titulado *El lugar del peligro, una cuestión disputada en torno a Ortega*. (Véase ESPIRITU VIII-1959-pág. 95). A este folletito de Marías contesta el P. Ramírez con un libro titulado *La zona de seguridad. «Rencontre» con el último epígono de Ortega*. Salamanca, San Esteban, 1959, de 306 páginas.

I

Recuerda el autor, en el capítulo primero, que hace ya algún tiempo había escrito Marías un libro contra tres «antípodas» de Ortega (así los llamaba Marías), que luego resultaron ser cuatro, y a los cuales se fueron añadiendo otros, como José Nicol, el cual «depende fundamentalmente de José Gaos, amigo íntimo y discípulo predilecto de Ortega, y que Gaos declara estar de acuerdo con Nicol en muchísimos puntos de la mayor importancia» (pág. 11), y por último el P. Santiago Ramírez. Este contestó en el libro antes mencionado a Laín y a Aranguren; ahora le toca el turno al último epígono de Ortega, Julián Marías:

Empieza el debate el P. Ramírez mostrando que no basta declarar que uno ha sido discípulo personal por más de veinte años de Ortega, para que no busquemos una demostración racional. Tampoco admite el argumento esgrimido por Marías de que acertarían los que interpretasen a un autor «desde dentro», como interpretaba bien a Santo Tomás su secretario Reginaldo de Piperno y no su opositor el Obispo Tempier; porque, observa el P. Ramírez, tampoco interpretaron bien a San Agustín los pelagianos, ni a Molinos sus secuaces, sino los que se les opusieron:

Con estas y otras pruebas termina la preparación al debate, en la que sólo hay que hacer resaltar que según confesión del propio Marías leyó sin interés, «dos o tres horas» de noche, el libro del

P. Ramírez; lo cual no basta para enjuiciarlo con seriedad. Y confirma esta impresión con las inexactitudes que el P. Ramírez aduce de su opositor. No faltan algunos rasgos de humorismo, como el cotejo de las apreciaciones de Marías con las de Laín (declaraba que le faltarían «mil o dos mil páginas» para rebatir la obra del P. Ramírez, mientras Laín decía que le bastarían «doscientas cincuenta»; pero Marías de hecho cree haber hecho algo con las 37 de su folleto). Niega también el P. Ramírez que haya habido de su parte presiones o influjos de nadie sobre las revistas que juzgaron digna de alabanza su obra anterior; y destaca la afirmación de Marías de que ni una sola vez le vinieron tentaciones contra la fe católica por el trato de veintitrés años con Ortega, mientras que la lectura de la obra del P. Ramírez le hizo pasar por una de las experiencias más negativas de su vida, de tal suerte que decidió no manejarlo «sin algunas cautelas espirituales, sin ayuda de la oración y una memoria más viva que la habitual de los Evangelios» (pág. 26, cita la p. 9 del folleto de J. Marías). ¡Quién diría que oponerse a las ideas de Ortega tiene este triste poder!

Terminado el capítulo introductorio empieza el P. Ramírez a examinar con detención todas las acusaciones que dirige contra él Marías. Ante todo la de que el P. Ramírez atribuye a Ortega que la vida es «constitutivamente laica», con gran escándalo de Marías. Pero las abundantes citas que aduce el dominico en las páginas 31 y 32 mostrarán al lector imparcial cuál es verdaderamente la mentalidad de Ortega:

Otra acusación de Marías es la de que el P. Ramírez atacó a Ortega por hablar mal de la Trinidad. Sigue después la de que Ortega falló asimismo en la cuestión de la inmortalidad del alma humana; pero el P. Ramírez además de abundantes textos y buena argumentación aduce el testimonio, nada sospechoso, de José Gaos, el cual bastaría para zanjar la cuestión, pues este antiguo y asiduo discípulo de Ortega, que le conocía íntimamente, escribe: «*convenía perfectamente... a una hondura de su natural (de Ortega) la indiferencia por todo más allá de este mundo y de esta vida, en los que en cambio; quizá no había cosa que le dejara indiferente*» (pág. 49), lo cual demuestra que por desgracia es muy fiel la interpretación que de la mentalidad de Ortega ha dado el P. Ramírez, y poco exacta la de su panegirista Julián Marías. Siguen a continuación otras acusaciones, como la de haber impugnado al «brahmanismo orteguiano» (página 53), su considerar la Biblia como una «leyenda» (pág. 55), el ockhamismo orteguiano (pág. 58) (a propósito de lo cual muestra el P. Ramírez que aun cuando Ortega exponía el pensamiento de otros, de los ockhamistas, cuando escribía las palabras que aduce, sin embargo Ortega tenía esta mentalidad anticonceptual, como se ve por otros contextos e ideas). Al llegar aquí el P. Ramírez se indigna de que Marías le haya presentado tan mal, pues sugiere la idea de haber falsificado el sentido de los textos, ya que Marías escribió «hay un

pasaje especialmente revelador de lo que es capaz el P. Ramírez» (pág. 15 del folleto de Marías). Aduce entonces un triste y penoso episodio que sufrió el Sr. Marías cuando defendió antaño su tesis doctoral, que no expondré porque es bien sabido por todos. En este punto creo que quizá hubiera sido mejor no recordar al contradictor un hecho que sin duda ha de humillarle. No siempre es útil contestar a un procedimiento injusto con una réplica que humilla, por verdadera que en sí sea.

El capítulo tercero examina las tentaciones y peligros que según Marías se encierran en el libro del P. Ramírez. Ante todo porque según aquél, habría éste sometido a extorsión o manipulación textos de Ortega, como es el referente a la «otra vida». Por desgracia el Sr. Marías se equivoca también aquí, y es muy cierto lo que dice el P. Ramírez sobre lo que consta en los escritos de Ortega (sea cual fuere su intención puramente subjetiva, de que no juzgamos). Con ello va también enlazada la cuestión de la inmutabilidad de la verdad. Aunque el Sr. Marías acuse al P. Ramírez de «manipulación», o sea tergiversación, es bien cierto que la intención objetiva de los escritos de Ortega revelan una concepción sobre la verdad y la filosofía, enteramente inadmisibles.

Otra de las acusaciones que achaca al P. Ramírez Julián Marías es que «a cada paso y en las materias más graves» comete juicios temerarios. Tal es por ejemplo la cuestión de la Fe de Ortega. No le cuesta mucha trabajo en este punto al P. Ramírez demostrar sus apreciaciones sobre Ortega. No era anticlerical en el sentido de que no tenía la agresividad y espíritu persecutorio de los republicanos contra los que lucha: en este sentido, sólo en este sentido, es verdad que aquel texto del discurso del Cine de la Opera en que Ortega declaraba no ser católico, se pronunciaba en un contexto en que quería defender al catolicismo español de «aquellos» perseguidores anticlericales: pero, como observa muy bien el P. Ramírez, bajo otros respectos ciertamente era Ortega anticlerical y también perseguidor (por ejemplo en la cuestión del laicismo, de la separación de la Iglesia y el Estado, de los derechos de la Iglesia a la enseñanza, etc.). Como el P. Ramírez es teólogo de profesión y el Sr. Marías quizá no esté tan bien fundado en la Teología, no hace un papel muy brillante ante aquél, como es obvio.

A pesar de ello Marías acusó en este folleto al P. Ramírez de imprudencias o errores dogmáticos. Tal es por ejemplo la acusación de que éste atacando a Ortega por los desaciertos que escribe a propósito de la presencia de Dios en el cielo, habría caído en deslices teológicos. Otra acusación semejante es la de haber dicho el P. Ramírez que Dios es una «cosa», con estas palabras: «Dios es una *realidad* —una cosa, *res*— en sí y por sí existente», ante lo cual clama escandalizado Marías: «el P. Ramírez no vacila en afirmar, sin más matices, que *Dios es una cosa*» (pág. 173 del P. Ramírez, pág. 27 de J. Marías). Poco ha de hacer el P. Ramírez para defenderse: ante todo

cita al Concilio IV de Letrán, que usa la misma expresión: «*quaelibet trium personarum est illa res, scilicet substantia, essentia vel natura divina, quae sola est universorum principium, praeter quod aliud inveniri non potest*»; y por si fuera poco le dice todavía al ya vapuleado Marías, que si hubiese recordado el Catecismo no se habría puesto a atacar al P. Ramírez, pues habría leído en el P. Astete que Dios «es una cosa la más excelente y admirable que se puede decir ni pensar; un Señor infinitamente bueno, poderoso, sabio, justo principio y fin de todas las cosas». Con esto se enlaza otra acusación de la que no parece salir más airoso Marías, que de las anteriores, pues acusa al P. Ramírez de haber inventado dogmas o un nuevo artículo de la fe por el hecho de impugnar a Ortega al atribuirle la negación o debilitación de la definición del hombre como «animal racional». Aquí el teólogo que es el P. Ramírez, y además buen conocedor de Ortega, le escribe nada menos que unas cuarenta páginas, que francamente dejan en mala postura al defensor de Ortega.

Todavía se añade un punto que es bien típico de la mentalidad orteguiana, la cuestión de la verdad absoluta. Marías invocaba el hecho de que un aserto (como por ejemplo que los tres ángulos de un triángulo suman dos rectos) ni es una verdad absoluta (pues no vale para las geometrías no-euclídeas), ni prueba que Ortega negase las verdades absolutas. Fácilmente muestra el P. Ramírez que el aserto tiene verdad absoluta, pues si bien el aserto sólo vale hipotéticamente (es decir: en la hipótesis de una geometría euclídea) sin embargo vale absolutamente que la realidad o es tridimensional o no, y que siéndolo haya de darse el aserto euclídeo: «si se admiten los datos del problema —línea, ángulo, triángulo— en el sentido en que se formula el teorema, su verdad es necesaria y absoluta. Apelar a otras geometrías, es cambiar los términos y el sentido de la cuestión. No viene al caso. Nuestro ejemplo tomaba los datos del problema en sentido euclidiano; y, así tomados, la verdad del teorema es irrecusable, pese a las críticas de Ortega» (pág. 232). En cuanto al hecho de si Ortega tiene o no tiene en sus páginas ideas relativistas, me parece enteramente innecesario insistir aquí, después de todo lo que sobre esto se ha demostrado, yo mismo por ejemplo, con textos enteramente irrecusables, para cualquiera que aborde los escritos de Ortega con sinceridad, sin intenciones de panegirista a ultranza.

Otro capítulo sigue, sobre la creencia orteguiana y la fe cristiana, en que el P. Ramírez, como teólogo, aborda los temas de la fe humana, la fe teológica y la fe según Ortega. Cualquiera que coteje los textos y conozca un poco el tema verá por sí mismo que el señor Marías y su padrino Ortega, no salen mejor librados en este terreno, que en los anteriores.

Tal es, en breve síntesis, la obra del P. Ramírez de respuesta al «último epígono de Ortega».

Como es obvio, si me pudiese a discutir punto por punto todas las acusaciones de Marías y las réplicas del P. Ramírez habría que

ver si quizá en algún punto particular me aparto algo de sus apreciaciones; podría ser. Lo que en todo caso me parece evidente es que torciendo la obra en su conjunto, produce la impresión de algo contundente, a que los orteguianos no pueden contestar con esperanzas de mejor éxito.

II

Con esta ocasión querría añadir alguna apreciación personal a las que ya expuse en esta revista (8-1959 páginas 96 y 97).

Mariás nos ha atribuido cometer «intriga» a los que hemos criticado la doctrina de Ortega; no sólo ha sido una frase dicha de paso, es como una acusación central en su libro dirigido contra los que él llama «tres antípodas» de Ortega. Después nos ha acusado de haber «falsificado» textos de Ortega. Posteriormente sobrevinieron otros filósofos, que también levantaron la voz, algunos nada sospechosos de partidismo, pues venían del mismo campo del orteguismo, como Nicol y Gaos, otro, como el P. Ramírez, a quien ni conozco personalmente, ni creo haberle escrito nunca ni recibido carta suya: un franciscano, F. M. Oromí, etc., ¿cómo puede ser que los orteguianos no abran los ojos?

No hay «intriga» de ninguna clase, pueden estar seguros de ello; no «falsificamos» los textos de Ortega, que por desgracia están muy claros en puntos decisivos; no tenemos «siniestras intenciones», ni «voluntad de malentender», etc., etc.

Lo que pasa es que nos encontramos ante un escritor que por desgracia a vivido alejado totalmente de la Fe católica, con una mentalidad correspondiente en filosofía a su actitud religiosa. Además de ello, nos ofrece un ideario filosófico que sinceramente es pobrísimo, en cuanto al punto fundamental que es una filosofía basada en la verdad absoluta, filosofía racional o sea conceptual (única que está de acorde con la tradición de Santo Tomás y necesaria para la elaboración correcta de la Teología). Ahora bien, ante estos hechos nos encontramos también con unos panegiristas de Ortega, que toman una posición radicalmente inadmisibile: empiezan por imaginar que Ortega admitía las verdades de la Fe católica, y en cuanto a su filosofía quieren presentárnoslo como un gran filósofo, luminar de las actuales generaciones. Ante este hecho nos sublevamos, como se sublevará cualquier espíritu varonil y enérgico que ame a la verdad y no admita órdenes dictatoriales del «prestigio», no fundadas racionalmente.

En cuanto a lo primero, o sea en cuanto al punto de si Ortega admitía o no los dogmas de la Fe católica, yo mismo me alborocé cuando tuve en mis manos documentos convincentes de que en sus últimas horas de enfermo había vuelto a la Fe y se reconcilió con Jesucristo y su Iglesia (véase ESPIRITU 5-1956, páginas 42 y 43): esto de ninguna manera era para nosotros motivo de menor aprecio

hacia su persona, sino al revés, de gozo íntimo y de mayor aprecio: Pero sería tergiversar los hechos decir que Ortega en vida admitía las verdades de la Fe católica. Es triste decirlo, pero así.

Julían Marías en su folletito ataca al P. Ramírez porque éste había afirmado que Ortega no admitía al Dios Trino del cristianismo, ni la Encarnación del Verbo, puntos fundamentales, y con esta ocasión dice: «¿Cómo sabe el P. Ramírez lo que yo no sé, a pesar de veintitrés años de entrañable amistad con Ortega? Cuando todo parece indicar que Ortega, a pesar de todos los pesares, lo creía, para el P. Ramírez no ofrece la menor duda que no era así» (página 23 del folleto *El lugar del peligro*).

Pues bien, por si fueran poco decisivas las pruebas que aduce el P. Ramírez y todo lo que leemos en las obras orteguianas, voy a citarle un testimonio que es todavía más íntimo, pues es de los mismos hijos de Ortega. Se trata de una carta que los tres hijos de Ortega, Miguel, Soledad y José, dirigieron al señor Ruiz Jiménez, entonces Ministro de Educación Nacional y que se publicó en Francia en el «Boletín de Euzkadi» con fecha 10 de enero de 1956. No he leído yo el documento, pero tengo en mis manos una copia que me remitió un amigo digno de todo crédito. No hace a mi propósito copiar aquí toda la carta, sino sólo el testimonio referente al punto de que ahora tratamos. Sobre este punto dicen los hijos de Ortega algo que puede cotejarse con las afirmaciones del Sr. Marías:

J. Marías

...Cuando todo parece indicar que Ortega, a pesar de todos los pesares, lo creía, para el P. Ramírez no ofrece la menor duda que no era así.

Hijos de Ortega

Que nuestro padre puso durante toda su vida —y a la vez que Dios estuvo presente en su obra— el más pulcro cuidado, dentro del máximo respeto de que todos sus actos —aun los que pudieran parecer más nimios— *mostrasen la voluntad de vivir acatólicamente*, es cosa de que no cabe la menor duda. (El subrayado es mío).

¿No está toda la «presunción» al lado de quien afirma que aquél que aun en los actos más nimios ha querido mostrar la voluntad de *vivir acatólicamente*, conformaba su conducta con su fe?

Que cesen, pues, ya estas pretensiones inoportunas de querer mostrarnos a un Ortega que no es lo que por desgracia fué. Por triste que sea decirlo, sabemos que fué un apóstata y que vivió como tal. Sabemos que es muy difícil por no decir imposible, que esa mentalidad no se traduzca en sus escritos de un modo u otro. ¿Qué esto quita a Ortega ante la juventud española la aureola de hombre inta-

chable, modelo? Lo sentimos, pero ante todo la verdad y la verdad es ésta. No se empeñe Marías, ni Laín Entralgo, ni Aranguren, ni cualquier otro epígono en desfigurar los hechos, porque por desgracia son éstos.

En cuanto al segundo punto, también nos ofende que con tan enorme desproporción pretendan presentarnos a Ortega como a un gran metafísico, un filósofo genial, etc., cuando la verdad es enteramente al revés. Si por Metafísica se entiende no una caricatura que usurpe su nombre, para arrojarse bajo su prestigio y pasar así de contrabando posiciones pobrísimas, sino si se entiende por Metafísica afirmaciones conceptuales de la realidad plenamente trascendente o «en sí», sobre realidades que no caen bajo nuestra experiencia sensible o fenoménica (como Dios, alma, inmortalidad, etc.) pero que deducimos racionalmente a partir de los datos empíricos; y de tal suerte que por llegar desde los supremos principios metafísicos de no contradicción y de causalidad, a nociones que convienen a todo ser en cuanto ser, podemos demostrar racionalmente la existencia de Dios, la norma de la moralidad objetiva y universal, la inmortalidad del alma, etc., si por Metafísica se entiende esto, ¿cómo se atreven a decir que Ortega tiene Metafísica, cuando es innegable que en sus obras aparecen frecuentemente textos de un claro sentido relativístico? Por favor, no exijan que aquellos que no estamos atados a Ortega con los vínculos de una carga afectiva (muy respetable y comprensible, pero ajena al asunto de la verdad) hagamos coro a este grupito de muchachos universitarios que por «esnobismo» unos, y otros por no tener aún una formación suficiente se tragan como si fueran verdades inconcusas las ruedas de molino que les sirven los epígonos.

Me contaron que una vez fué Eugenio d'Ors a una población de Andalucía y al entrar en la pieza que era como Biblioteca del edificio que recorría, le mostraron señalándolos con el dedo, los seis tomos de la edición de las obras de Ortega, que acababa de editar Revista de Occidente: allí estaban todos alineados, iguales, uniformes, dispuestos, por lo menos ante los ojos sistemáticamente. Entonces, a los que inquisitivamente se dirigían a Eugenio d'Ors preguntándole por su opinión, contestó: —«Por fin ha logrado el Maestro dar unidad a su obra»...

La crítica de Eugenio d'Ors era dura, pero exacta: unidad, sí, pero unidad extrínseca, de encuadernación, de formato, de imprenta: ¿habría por dentro unidad intrínseca, sistemática, o en realidad se derrumbaría la estatua al quitarle el pedestal que, a toda costa sus epígonos colocaban debajo? Sin embargo Eugenio d'Ors no formaba parte de ninguna «intriga», ni «tenía voluntad de malentender», ni falsificaba o «manipulaba textos», etc., etc.

Por favor, no es mi intención poner en duda las egregias cualidades culturales, literarias, de ingenio y elegancia que tiene Ortega. Tampoco pretendo impedir que pueda hacerse una ponderada y

recta valoración de lo que realmente él ha dicho, para ver en definitiva qué ha aportado a la Filosofía y más en particular a la Filosofía Católica. Pero creo que es equivocado el camino que para esta valoración ecuánime y ponderada, han tomado los orteguianos. Así les saldrán constantemente opositores, críticos, adversarios: todos los que comprobamos cuánto daño ha hecho Ortega con su confusionismo, desorientando a jóvenes todavía no formados con madurez intelectual como intelectuales católicos, y cuánto daño puede hacer todavía, por la actitud intransigente de sus epígonos Laín Entralgo, Aranguren, Marías, que se imaginan podrán hacernos creer que en su maestro no hay mancha. Si en vez de esto tomasen una actitud más comprensiva, todo cambiaría.

Esta actitud habría de ser la de admitir el diálogo, respetar a los que no opinamos como ellos, comprender que no todos tenemos que someternos a sus interpretaciones panegiristas o a esta especie de monopolio doctrinal injustificado, contra el cual se rebela nuestro ser. No tenemos «voluntad de malentender», ni conspiramos con «intrigas», ni falsificamos o «manipulamos» textos, ni estamos equivocados de un extremo a otro: algo habrá en el fondo, cuando nos mostremos pesimistas respecto a su maestro.

Lo que hay es el hecho de que Ortega, cuya vida (desde que apostató) transcurrió en «el más pulcro cuidado, dentro del máximo respeto, de que todos sus actos —aun los que pudieran parecer más nimios— mostrasen la voluntad de vivir acatólicamente», rezuma en sus ideas y escritos esta pobre y desgraciada mentalidad contra la cual hemos de declarar, por sinceridad, por los derechos de la verdad y por la valentía de intelectuales católicos, que está radicalmente equivocada, y que hace un daño inmenso a aquellos lectores que sin estar suficientemente formados en la Filosofía Católica y en los fundamentos teológicos de la Fe, oyen que les dicen y ponderan que un apóstata es un gran maestro sin tacha.

Lo que hay es que además de este aspecto anterior que acabo de denunciar, queda otro también sumamente grave. Es el siguiente: para dar a la Teología la base racional que no sólo es necesaria, sino además expresión de la verdad, es preciso contar con una Filosofía, la cual,

1.º afirme netamente y demuestre, que la verdad es *intrínsecamente inmutable*, contra todo relativismo. Sin esto no ofreceríamos a los dogmas de la Fe una base racional para exponer su *inmutabilidad*;

2.º Filosofía que sea *conceptual*, con demostraciones *racionales* firmes, con las cuales pruebe la existencia de un Dios personal, trascendente al mundo, la posibilidad del milagro como señal de este Dios, las leyes morales objetivas e inmutables, la espiritualidad y libertad del alma, etc.

Ahora bien, ¿hay esto en Ortega? No han de imaginarse que somos tan candorosos que puedan convencernos que es así. Por desgracia

somos muchos, muchísimos los que opinamos que decir que en los ensayos zigzagueantes de Ortega hay esto es cometer un grave error (por el confusionismo que engendra) aunque hubiera en los que lo afirman la mejor buena voluntad (de ello no discuto, ni quiero ponerlo en duda). Si por otra parte dejasen relegado a Ortega a la categoría de uno de tantos culturalistas o filósofos, sin darle mayor importancia ni levantarlo como bandera para una acción doctrinal, tampoco le daríamos nosotros mayor importancia, porque al fin y al cabo no nos importa gran cosa que se despepiten por afirmar que es un gran filósofo alguien en quien ciertamente no reconocemos por más que lo miramos por todos lados, que haya sido un genio metafísico.

Pero al comprobar la incesante campaña de Lafín, de Marías, de Aranguren (éste, desde su cátedra de la Universidad de Madrid) para presentar ante las jóvenes generaciones españolas a Ortega como si fuera lo que por desgracia no es, causando con ello una desorientación y un daño inmensos, nos sublevamos y aunque sintiéndolo honradamente, hemos de decir que es falso, que en sus páginas filosóficas hay copiosos rastros de relativismo, una suma pobreza de fundamentación racional, muchos rasgos y actitudes que manifiestan que su autor era un apóstata y, en suma, que esta actitud engañosa que toman llevará a tristes resultados de indiferentismo, a aquellos que en parte ya los han comprobado bastante en estos años de loca campaña orteguiana.

Si pudiesen en España los llamados «comprensivos» tener hacia todos la misma «comprensión» de que alardean, en vez de polémicas ardientes, a veces apasionadas, que ofenden, afligen y en gran parte son estériles (porque se deslizan por cauces puramente personalistas), transcurriría nuestro diálogo sobre los escritos de Ortega por canales más serenos, que contribuirían en mayor grado a frutos positivos.

Juan ROIG GIRONELLA, S. I.